

# Agatha Christie<sup>®</sup>

## ASESINATO EN MESOPOTAMIA



# **Agatha Christie**

## Asesinato en Mesopotamia

Traducción de A. Soler Crespo



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

*Murder in Mesopotamia* © 1936 Agatha Christie Limited. All rights reserved.

AGATHA CHRISTIE, POIROT and the Agatha Christie Signature are registered trademarks of Agatha Christie Limited in the UK and elsewhere. All rights reserved. [www.agathachristie.com](http://www.agathachristie.com)

Agatha Christie Roundels Copyright © 2013 Agatha Christie Limited.  
Used with permission.

*Agatha Christie*

Traducción de A. Soler Crespo © Agatha Christie Limited. All rights reserved.

© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: © David Sierra  
Primera edición en Colección Booket: febrero de 2023

Dépósito legal: B. 350-2023  
ISBN: 978-84-08-26836-9  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
*Printed in Spain* - Impreso en España

# 1

## Prólogo

**E**n el vestíbulo del hotel Tigris Palace, de Bagdad, una enfermera estaba escribiendo una carta. Su pluma corría velozmente sobre el papel:

*... Bueno; creo que esto es, en resumen, todo lo que tengo que contarte. Confieso que no está mal viajar y ver un poco de mundo, aunque para mí no hay nada como Inglaterra. No puedes imaginarte la suciedad y la confusión que reinan aquí en Bagdad. No tiene nada de romántico, como pudieras suponer al leer Las mil y una noches. Las orillas del río son bonitas, desde luego; pero la ciudad es horrorosa. No hay ni una tienda que pueda considerarse como tal. El mayor Kelsey me llevó a dar una vuelta por los bazares, y no niego que son curiosos. Pero en ellos no hay más que cachivaches y un estruendo terrible, producido por los repujadores de cobre, que ocasiona a cualquiera un dolor de cabeza insoportable. Ya sabes que no me gusta usar utensilios de cobre, a no ser que me asegure de que están completamente limpios. Hay que tener mucho cuidado con el cardenillo.*

*Ya te escribiré y te diré si resulta algo definitivo del trabajo del que me habló el doctor Reilly. Me han dicho que ese caballero americano se encuentra ahora en Bagdad y tal vez venga a verme esta tarde. Se trata de su mujer. El doctor Reilly dice que «tiene fantasías». No añadió más, aunque ya sabes lo que por regla general significa eso. Espero que no sea algo grave. Como te iba contando, el doctor Reilly no añadió nada más, pero me miró de una forma...*

*bueno, ya imaginas a qué me refiero. El doctor Leidner es arqueólogo y está haciendo unas excavaciones en el desierto por encargo de un museo americano.*

*Bien, querida, termino aquí. Creo que lo que me has contado acerca de la pequeña Stubbins es agotador. ¿Qué dice la directora?*

*Nada más por ahora. Tuya siempre,*

AMY LEATHERAN

Metió la carta en un sobre y lo dirigió a la hermana Curshaw, Hospital de San Cristóbal, Londres. Estaba cerrando la estilográfica cuando se le acercó un botones.

—Un caballero, el doctor Leidner, desea verla.

La enfermera Leatheran se volvió y vio ante ella a un hombre de mediana estatura, cargado ligeramente de hombros; tenía barba de color castaño y ojos de expresión dulce y cansada.

El doctor Leidner, por su parte, contempló a una mujer de unos treinta y cinco años, de aspecto erguido y confiado. Su cara reflejaba un carácter agradable; sus ojos eran dulces y saltones, y poseía una lustrosa cabellera de color castaño. Tenía el aspecto, según pensó él, que justamente tiene que presentar una enfermera que deba encargarse de un caso nervioso: alegre, robusta, perspicaz y práctica.

La enfermera Leatheran serviría para el caso.

## Amy Leatheran se presenta

No pretendo ser escritora ni conocer los secretos de la literatura. Hago esto simplemente porque el doctor Reilly me lo rogó, y es cosa sabida que cuando el doctor Reilly te pide que hagas algo, no hay manera de rehusar.

—Pero, doctor —le dije—, no soy escritora ni entiendo nada de eso.

—Tonterías —replicó él—. Hágase a la idea de que está redactando las notas de un caso clínico.

No cabe duda de que tenía razón.

El doctor Reilly prosiguió diciéndome que era necesario que se publicara un relato claro y sencillo del asunto ocurrido en Tell Yarimjah.

—Si lo tuviera que escribir alguno de los que intervinieron en él, no convencería a nadie. Dirían que tenía prejuicios por unos o por otros.

Y aquello, por cierto, también era verdad. Aunque yo estuve allí, podía considerarme como una extraña a la cuestión planteada.

—¿Y por qué no lo escribe usted mismo, doctor? —pregunté.

—No estaba presente cuando sucedió y usted sí. Además —añadió dando un suspiro—, mi hija no me dejaría.

La forma en que se dejaba dominar por aquella chiquilla era algo verdaderamente vergonzoso. Estaba a punto de decírselo así cuando vi una expresión maliciosa en sus

ojos. Eso es lo malo del doctor Reilly. Nunca se sabe si está bromeando o qué. Siempre dice las cosas con el mismo tono lento y melancólico, pero la mitad de las veces se nota en sus palabras cierta ironía.

—Bueno —dije sin mucha confianza—. Supongo que podré llevarlo a cabo.

—Claro que podrá.

—Lo que no sé es cómo empezar.

—Para eso existen buenos precedentes. Empezé por el principio y siga adelante hasta el final.

—Ni siquiera sé con seguridad dónde y cómo empezó —repliqué.

—Créame, enfermera, la dificultad de empezar no va a ser nada comparada con la de saber cuándo terminar. Al menos eso es lo que me sucede a mí cuando tengo que pronunciar una conferencia. Alguien tiene que tirarme del faldón del frac para hacerme descender a la fuerza de la tribuna.

—¿Está usted bromeando, doctor?

—No puedo hablarle más en serio. Y bien, ¿qué me dice?

Otra cosa me preocupaba. Después de vacilar unos momentos, dije:

—Vea usted, doctor. Temo que algunas veces... mis comentarios sean demasiado personales.

—¡Pero, por Dios, mujer! ¡Cuanto más personales sean, mucho mejor! Es una historia sobre seres humanos, no sobre maniquíes. Personalice, muestre sus preferencias, sea chismosa, ¡lo que usted guste! Escríbalo a su manera. Siempre estaremos a tiempo de eliminar los pasajes difamatorios antes de publicarlo. Adelante. Es usted una mujer sensata y estoy seguro de que nos proporcionará un relato fiel del asunto.

Así quedó la cosa, y le prometí que me esmeraría en hacerlo.

Supongo que debería decir algo acerca de mí. Tengo treinta y dos años, y me llamo Amy Leatheran. Realicé mi aprendizaje en el Hospital de San Cristóbal y luego hice dos años de prácticas como comadrona. Trabajé también para particulares y estuve cuatro años en la casa de maternidad de miss Bendix, en Devonshire Place. Fui a Irak acompañando a una señora llamada Kelsey. Cuidé de ella cuando nació su hija. Debía trasladarme a Bagdad con su marido y ya tenía contratada a una niñera que servía desde hacía dos años a unos amigos que residían en aquella ciudad. Los hijos de dichos amigos regresaban a Inglaterra para estudiar y la niñera había convenido con Mrs. Kelsey que entraría a su servicio cuando los chicos se marcharan. Mrs. Kelsey estaba algo delicada y le preocupaba hacer el viaje con una niña de tan corta edad, así que su marido arregló el asunto para que yo la acompañara y cuidase de ella y de la niña. Me pagarían el viaje de vuelta en caso de no encontrar a nadie que necesitara los servicios de una enfermera para hacer el viaje de retorno a Inglaterra.

No creo que sea necesario describir a los Kelsey. La pequeña era una preciosidad de criatura y Mrs. Kelsey tenía un carácter muy agradable, aunque era de las que se inquietan por todo. Disfruté mucho durante el viaje. Nunca había hecho una travesía tan larga por mar.

El doctor Reilly viajaba en el mismo barco. Era un hombre de cabellos negros y cara estirada, que decía las cosas más divertidas con una voz baja y lúgubre. Creo que le gustaba tomarme el pelo y tenía la costumbre de contarme anécdotas absurdas para ver si me las tragaba. Tenía un destino de cirujano en un lugar llamado Hassanieh, a un día y medio de viaje desde Bagdad.

Llevaba cerca de una semana en dicha ciudad cuando me lo encontré y me preguntó si dejaba ya a los Kelsey. Le repliqué que era curioso que me dijera aquello, pues se daba el caso de que los hijos de los Wright, los amigos de

los Kelsey a los que antes me he referido, volvían a Inglaterra antes de la fecha prevista y su niñera quedaba libre.

Me confesó entonces que se había enterado de la marcha de los Wright y que por eso me lo había preguntado.

—En resumen, enfermera, posiblemente le pueda ofrecer un empleo.

—¿Algún caso?

Torció el gesto como si considerara la pregunta.

—No puedo calificarlo así. Sólo se trata de una señora que tiene... digamos... fantasías.

—¡Oh! —exclamé.

Por lo general, una sabe perfectamente qué significa tal cosa... Alcohol o drogas.

El doctor Reilly no fue más allá en sus explicaciones.

—Sí —dijo—. Se trata de Mrs. Leidner. Es la esposa de un americano, o mejor dicho, de un sueco-americano que dirige unas grandes excavaciones por cuenta de una universidad de su país.

Y me explicó que la expedición estaba excavando en el lugar que había ocupado una gran ciudad asiria, algo así como Nínive. La casa en la que vivían los que componían la expedición no estaba en realidad muy lejos de Hassanieh, aunque se hallaba en un descampado y al doctor Leidner hacía tiempo que le preocupaba la salud de su esposa.

—No ha sido muy explícito acerca de ello, pero parece que Mrs. Leidner tiene repetidos accesos de terror nervioso.

—¿Se queda sola con los nativos durante todo el día?  
—pregunté.

—No. Los de la expedición son muchos. Siete u ocho. No creo que se quede nunca sola en la casa. Pero, por lo visto, no hay duda de que ella se está agotando y de que ha llegado a un extraño estado de ánimo. Leidner lleva sobre sí toda la responsabilidad del trabajo y, además, como está

muy enamorado de su mujer, le preocupa el estado en que ella se encuentra. Opina que estaría mucho más tranquilo si supiera que una persona responsable y con experiencia está a su cuidado.

—¿Y qué dice la propia Mrs. Leidner?

El doctor Reilly contestó con acento grave:

—Mrs. Leidner es una persona encantadora. Raramente persiste en una opinión durante más de dos días consecutivos. Pero, en términos generales, no le desagrada la idea de su marido. Es una mujer extraña. Es afectada en extremo y, según creo, una mentirosa empedernida, aunque Leidner parece estar convencido de que algo la ha asustado terriblemente.

—¿Qué le contó ella, doctor?

—No fue ella quien vino a verme. No le gusto... por varias razones. Fue Leidner quien me propuso el plan. Bien, enfermera, ¿qué le parece la idea? Ver algo del país antes de volver al suyo. Continuarán las excavaciones durante otros dos meses. Y es un trabajo interesante.

Después de unos instantes de vacilación, durante los cuales le di vueltas al asunto, contesté:

—Bueno. Creo que puedo probar.

—Espléndido —dijo el doctor Reilly, levantándose—. Leidner está ahora en Bagdad. Le diré que venga y trate de arreglar el asunto con usted.

El doctor Leidner vino al hotel aquella misma tarde. Era un hombre de mediana edad, de ademanes nerviosos y vacilantes. Se apreciaba en él un fondo benévolo, amable y un tanto desvalido. Por lo que dijo, parecía estar muy enamorado de su esposa; pero fue muy poco concreto acerca de lo que le pasaba.

—Verá usted —dijo atusándose la barba en una forma que, según pude comprobar más tarde, era característica en él—, mi esposa se encuentra presa de una gran excitación nerviosa. Estoy... muy preocupado por ella.

—¿Disfruta de buena salud física? —pregunté.

—Sí, sí. Eso creo. Yo diría que su estado físico no tiene nada que ver con la cuestión. Pero... bueno... se imagina cosas.

—¿Qué clase de cosas?

Él eludió este punto, murmurando perplejo:

—Se agota por situaciones sin importancia. En realidad, no encuentro fundamento alguno para sus temores.

—¿Temores de qué, doctor Leidner?

—Pues... tan sólo es terror nervioso —respondió.

«Apuesto diez contra uno a que se trata de drogas —pensé—. Y él no se ha dado cuenta todavía.» A muchos hombres se les pasa por alto algo así y se limitan a preguntarse las causas de que sus esposas estén tan excitadas y tengan tan extraordinarios cambios de humor.

Le pregunté si Mrs. Leidner aprobaba la idea de mis servicios.

Su cara se iluminó.

—Sí. Me sorprendió mucho y al mismo tiempo me alegré. Dijo que era una buena idea y que se sentiría mucho más segura.

La palabra me chocó. Segura. Una palabra extraña para usarla en aquella ocasión. Empecé a figurarme que el caso de Mrs. Leidner era un asunto apropiado para un especialista.

El hombre prosiguió, con una especie de anhelo juvenil.

—Estoy seguro de que usted se llevará muy bien con ella. Es una mujer verdaderamente encantadora —sonrió—. Cree que usted la animará muchísimo y lo mismo he pensado yo al verla. Tiene usted el aspecto, si me permite decirlo así, de tener una salud espléndida y un notable sentido común. Estoy convencido de que es la persona apropiada para Louise.

—Bien, podemos probar, doctor Leidner —repliqué yo alegremente—. Espero poder ser útil a su señora. ¿Tal vez los árabes y la gente de color la ponen nerviosa?

—No, nada de eso. —Sacudió la cabeza, como si la idea le divirtiera—. A mi mujer le gustan mucho los árabes; sabe apreciar su sencillez y su sentido del humor. Ésta es la segunda vez que viene conmigo, pues hace menos de dos años que nos casamos, y habla ya bastante bien el árabe.

Guardé silencio durante unos momentos y luego hice un nuevo intento.

—¿Y no puede usted decirme qué es lo que le asusta a su esposa, doctor Leidner? —pregunté.

El hombre vaciló y después respondió lentamente:

—Espero... creo... que se lo dirá ella misma.

Y eso fue todo lo que pude conseguir de él.